



CIENCIA FICCIÓN

ANDERSON
FRIPP

LABERINTO ESTELAR



En el espacio exterior, fuera de los límites de nuestro sistema solar, suceden cosas extrañas. Pocos son los hombres capaces de internarse en el vacío sin que un estremecimiento les recorra la espalda. A esos pocos se les conoce como héroes. Y es que más allá de su dominio natural, el ser humano tropieza a cada instante con hechos incomprensibles, que escapan a su ciencia, atribuibles solo a mentes tan diferentes de la suya como el día y la noche. ¿Qué pensar, por ejemplo, cuando a bordo de una nave espacial los objetos cambian de sitio inexplicablemente? ¿O si de pronto en una nave cuya tripulación se compone de veinticinco personas, se descubre que en realidad hay veintiséis... y no se sabe quién está de más? ¿Qué explicación es admisible si el computador de a bordo enloquece y responde a todas las preguntas que se le formulan sólo con una vieja canción infantil?

I

En el espacio exterior, fuera de los límites de nuestro sistema solar, suceden cosas extrañas. Pocos son los hombres capaces de internarse en el vacío sin que un estremecimiento les recorra la espalda. A esos pocos se les conoce como héroes. Y es que más allá de su dominio natural, el ser humano tropieza a cada instante con hechos incomprensibles, que escapan a su ciencia, atribuibles solo a mentes tan diferentes de la suya como el día y la noche.

¿Qué pensar, por ejemplo, cuando a bordo de una nave espacial los objetos cambian de sitio inexplicablemente?

¿O si de pronto en una nave cuya tripulación se compone de veinticinco personas, se descubre que en realidad hay veintiséis... y no se sabe quién está de más?

¿Qué explicación es admisible si el computador de a bordo enloquece y responde a todas las preguntas que se le formulan sólo con una vieja canción infantil?

Todo esto, por increíble que parezca, iba a tener lugar a bordo de la nave espacial Ocaso. Pero nadie, ni aún el capitán, sabía nada de ello. Sin embargo...

Cuando Phil Dick fruncía el ceño, era evidente que algo extraño ocurría. Algo que ni siquiera su ágil mente lograba comprender aún. Algo desconcertante, y por lo tanto quizá peligroso.

Y ahora Phil estaba frunciendo el ceño, mientras contemplaba lo que había sobre su escritorio. Sus manos tamborileaban nerviosamente sobre el metal de la mesa, produciendo un sonido como el de granizo cayendo contra una ventana.

Corría el año 2035. Phil era el comandante de la nave espacial *Ocaso*. Su cabina particular era un recinto estrecho, en el cual sólo había lugar para un catre plegable, un escritorio, una silla y un armario metálico. Todo ello, a bordo, podía ser considerado un auténtico lujo. Pero Phil se había ganado con creces la comodidad. La *Ocaso* no era la primer nave bajo su mando. Había estado ya al frente de numerosas tripulaciones, había conocido los secretos de incontables mundos, y su nombre era reverenciado en sitios tan alejados entre sí que la sola mención de las distancias que lo separaban causaba vértigo.

El Gobierno Terrestre sabía lo que hacía al encomendarle una nueva misión. El Comandante Dick era considerado por muchos el mejor hombre de la Flota. En varios sentidos, esto era cierto. Phil lo había demostrado durante la guerra contra los Bemitas... una guerra que parecía no haber terminado aún. Pero su última misión había resultado un fracaso.

Phil aún sentía sobre sus hombros el peso de ese fracaso. Sus amigos habían intentado convencerlo de que nadie hubiera podido hacerlo mejor que él, pero era inútil.

—Lo único que espero —decía Phil— es que me den una oportunidad para rehabilitarme. Una sola oportunidad me bastaría.

Y ahora esa oportunidad había llegado. Todo parecía marchar sobre ruedas. La tripulación era excelente, la nave la mejor de la Flota. Como navegante iba su amigo Keith Farmer, lo cual era una absoluta garantía de éxito... Hasta ahora...

Aquello que reposaba sobre su escritorio había acabado con su tranquilidad.

Esa mañana, el mismo Presidente lo había citado en su despacho. Las pesadas puertas del Palacio de Gobierno se abrieron delante de Phil, y éste entró con su habitual paso rápido al inmenso hall de entrada.

Se trataba de un hombre de unos treinta y cinco años, de casi dos metros de altura y hombros anchos y fuertes. Su juventud y el alto cargo que ya desempeñaba hablaban bien a las claras de su talento descomunal, de su energía e inteligencia.

El cabello levemente ondulado enmarcaba un rostro duro, cuadrado, y en él unos ojos profundamente azules.

La fuerza de su mandíbula, levemente adelantada, indicaba en él al hombre habituado al peligro, al hombre que no sabe lo que es retroceder ante el enemigo, sea éste quien sea... incluso los Bemitas.

Mientras caminaba hacia los elevadores que lo conducirían al despacho del Presidente de la tierra, una voz a su espalda le hizo detenerse.

—¡Phil! ¿Eres tú?

Phil se volvió. Un hombre de unos treinta años, aún más alto que él, cuya musculatura daría envidia a un campeón de pesas, caminaba hacia él, con los brazos extendidos.

—¡Keith! ¡Keith Farmer! ¿Qué haces aquí?

Se abrazaron. Phil dio unas palmadas en el hombro a su amigo.

—Aunque no lo creas —dijo Keith—, me llamó el Presidente. ¿Y tú?

—Exactamente lo mismo —Phil rio—. Parece que aún confían en nosotros, ¿no es cierto?

—Eso diría. Yo creí que luego de...

—No sigas. El fracaso de la expedición fue terrible para todos —una leve sombra cruzó el rostro de Phil, para disiparse de inmediato—. Pero no hablemos de eso. Desde nuestro regreso no te he visto. ¿Qué ha sido de ti en estos meses?

—Lo de siempre. He estado envuelto como piloto en uno de esos proyectos secretos del Departamento de Cibernética. Ya sabes cómo es eso. Me tuvieron de aquí para allá probando uno de los nuevos monstruos mecánicos que...

—¡Silencio! —interrumpió Phil—. ¡No olvides que es un secreto!

Ambos rieron a carcajadas.

—¿Secreto? —dijo Keith—. ¿Qué puede haber de secreto para ti?

Con la emoción del reencuentro, olvidaron completamente que el tiempo transcurría, hasta que las fuertes campanadas del reloj de la torre de la catedral, distante apenas unos cien metros de donde se encontraban, los volvió a la realidad.

—¡Las doce! —exclamó Keith—. ¡El Presidente me esperaba a las once y media!

—¡Vamos! —dijo Phil— a mí me citó a la misma hora.

Se dirigieron a paco rápido hacia los elevadores.

El despacho del Presidente estaba ornamentado con piezas de mármol y bronce. Una réplica del *Ramayana II*, la primera nave que cruzó la barrera de la velocidad de la luz, campeaba majestuosamente sobre el monumental escritorio. Detrás, el rostro arrugado de un hombrecito pequeño contemplaba a Phil y a Keith con un leve dejo de reproche.

—Señor Presidente —comenzó Keith, tartamudeando—, nosotros...

—No agregue nada, Mr. Farmer —interrumpió el Presidente. Su voz era asombrosamente poderosa—. Siendo ustedes los hombres que son, las explicaciones están de más. Una falta como ésta es fácilmente perdonable.

—Gracias, Señor Presidente.

El Presidente soltó una leve risa.

—¡Vaya, Dios, qué par! ¡No quisiera estar en el bando opuesto a ustedes!

Phil y Keith se miraron, su vista cruzándose a casi dos metros de altura, y no pudieron reprimir una carcajada. La tensión del momento se había disipado. El Presidente era un hombre sumamente hábil en cuanto a lograr la buena predisposición de sus hombres.

—Bien —dijo, aclarando su garganta—. Les ruego que vayamos al grano.

Los dos hombres que se hallaban frente a él asintieron.

El Presidente, adoptando una expresión adusta, continuó:

—Los he hecho venir hasta aquí por un motivo que creo que ya deben haber adivinado. La Tierra necesita una vez más de sus servicios.

»Aquí tengo el sobre que contiene vuestras instrucciones —alzó un pequeño cobre lacrado—. Les será entregado en el momento en que asciendan a la espacio-nave que les está asignada. Sólo yo y otros cinco o seis hombres conocemos el objetivo de la misión. Es de vital importancia que nadie más lo sepa hasta el momento en que la nave se encuentre en el espacio exterior, lejos del alcance de las ondas de radio.

»El motivo de esto es muy simple. Queremos evitar cualquier indiscreción. Una sola palabra poco oportuna podría ser suficiente para desatar el pánico —el Presidente trazó un amplio dibujo en el aire, como para dar más énfasis a su afirmación, y se puso de pie. Su cabeza apenas alcanzaba la altura de los hombros de Keith.

—¿Entendido? —preguntó.

—Sí, señor Presidente.

—Entonces —prosiguió—, les ruego que no me hagan ninguna pregunta al respecto —Phil y Keith asintieron en silencio—. Ahora bien, todo esto podría habérselo dicho algún subalterno, aún sin conocer el contenido de este sobre. Pero he querido ser yo mismo quien les pida que pongan en esta misión aún más del valor e ingenio que han demostrado hasta ahora. La Tierra les está muy agradecida por los servicios prestados, pero eso no significa que...

—Que podamos fracasar otra vez —concluyó Phil, con expresión adusta.

—Yo no lo diría de un modo tan crudo, pero... En definitiva lamento todo esto, pero la nueva misión que les en-

comiendo sólo puede resultar un completo triunfo. No hay otra alternativa.

—Entendido —dijo Keith.

—Bien, señores, eso es todo. Su nave espera en el espacio-puerto, lista para partir. Ahora pueden retirarse.

Phil y Keith se observaron. Phil se encogió levemente de hombros. La puerta del despacho se abrió, y ambos se encontraron en el pasillo.

En pocas horas, los preparativos para el despegue fueron concluidos, y la nave *Ocaso*, con veinticinco personas a bordo, abandonó la superficie de la Tierra.

Phil salió de la sala de mandos y se dirigió hacia su cabina, con la intención de abrir el misterioso sobre lacrado y leer su contenido. El curso de la nave había sido programado de antemano en el computador de a bordo. Nadie lo conocía aún, ni lo conocería hasta tanto no fuera develado el secreto del sobre.

De pronto, Phil recordó que aún debía ver los rostros de los tripulantes. Con el apuro de la partida, no había tenido tiempo de conocerlos. «Luego de leer las órdenes —se dijo—, llamaré a una reunión de oficiales».

Pensando en ello llegó a la puerta de su cabina. Entró, sacó el sobre del bolsillo de su uniforme, y lo depositó sobre el escritorio. Tras aflojarse el cuello de la camisa, acercó la única silla y se sentó.

El sobre se abrió entre sus manos. Extrajo su contenido.

Se trataba sólo de un par de fotografías y una hoja de papel escrito a máquina. Hizo el sobre a un lado y contempló la primera de las fotografías.

Su corazón dio un vuelco. Nítidamente dibujado contra la negrura del espacio, se veía un planeta de tipo terrestre. En realidad, cualquiera hubiese dicho que se trataba de la misma Tierra. Los continentes, los océanos, las cordilleras respondían con exactitud a los del mundo hogar, pero algo, algo indefinible, daba a entender que ese planeta no era la Tierra.

Quizá una leve diferencia en las proporciones, quizá una mancha de color diferente, quizá...

Phil frunció el ceño. Aquello era muy extraño. O lo que mostraba la fotografía era la Tierra, o había otra Tierra en algún punto de la galaxia. Y ambas cosas parecían igualmente imposibles.

Intrigado sobremanera, Phil tomó la segunda de las fotografías.

No proporcionaba ninguna solución al dilema. Por el contrario, lo complicaba aún más. En ella podía verse lo que parecía un segmento de la superficie del mismo planeta... y no lograba recordar ningún lugar de la Tierra que fuese al menos remotamente semejante.

Un ancho río corría de extremo a extremo de la fotografía, como en un mapa. Y en el centro, a la orilla del río, se alzaba... un gigantesco laberinto.

Phil se inclinó para que la foto recibiera mejor la luz. Sí, era indudable. Aquel amasijo de líneas entrecortadas, nítidamente visibles por la calidad de la toma, no podía ser otra cosa que un laberinto. Un laberinto de proporciones colosales.

A un lado se divisaba la entrada, junto a un edificio cuyo propósito Phil no lograba adivinar. El resto era todo callejones sin salida, pasajes estrechos, falsas pistas... Y en el centro un amplio espacio libre.

Acercando la fotografía a sus ojos, Phil pudo ver un pequeño punto negro en medio del claro. Pero la toma había sido realizada desde una gran distancia, y no había modo de saber de qué se trataba.

Por el momento, sólo un punto negro.

Completamente desconcertado, Phil hizo a un lado ambas fotografías y tomó en sus manos la hoja de papel. A medida que avanzaba en la lectura, lejos de tranquilizarse, su rostro fue adquiriendo una expresión de creciente inquietud. Finalmente dejó el papel sobre el escritorio, junto a las fotografías.

Durante largos minutos permaneció así, sin poder separar sus ojos de lo que había sobre el escritorio. Su mente vagaba de aquí para allá, sin encontrar asidero. Toda la complejidad del universo, de las estrellas y los planetas, parecía incapaz de explicar lo que había leído. Aquello, simplemente, no podía ser.

Si era cierto, en cambio, siglos enteros de investigación científica caerían por tierra. De un solo golpe, la naturaleza incomprensible de las cosas acabaría con el trabajo de incontables generaciones.

«No» pensó Phil. Su mente educada en la ciencia no podía aceptar la evidencia de las fotografías. Y sin embargo, debía ser cierto. No quedaba alternativa.

Era necesario entonces, y a toda costa, encontrar la explicación que aclarase todo y lo transformase en una mera cuestión de rutina.

Como decía el papel, en las últimas líneas: «En resumen, debe regresar a la Tierra con la demostración plena de que dichos fenómenos no escapan a las leyes naturales, y su veredicto acerca de si constituyen o no un peligro para la Tierra».

Con un rápido ademán, Phil oprimió un botón del intercomunicador de la pared.

—El capitán llamando a sala de mandos —dijo. La voz de Keith respondió casi inmediatamente.

—Aquí sala de mandos.

—Keith —dijo Phil—. ¿Puedes venir unos momentos a mi cabina?

—Bien —respondió Keith.

Un minuto después se oyeron golpes a la puerta. Phil abrió e hizo pasar a su amigo.

—Siéntate en el catre. No hay otro lugar.

Ambos tomaron asiento. Phil en la silla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Keith. Entonces vio las fotografías y el sobre abierto en un rincón del escritorio—. Por

lo que veo —agregó—, has leído las instrucciones —el tono de su voz era interrogativo.

—Sí. He querido que seas tú el primero en conocerlas. Quizá tengas algún buen consejo para darme.

—¿Algo malo?

—«Malo» es una palabra demasiado suave. Yo diría...

—¿Los Bemitas, quizá?

—¿Quién puede saberlo? No podríamos asegurar aún si esos monstruos tienen o no relación con esto.

—No comprendo.

—Mejor míralo por ti mismo —Phil señaló las fotografías. Keith las tomó. Diez segundos después, contemplaba a su amigo con el asombro pintado en su rostro.

—¿Qué es esto, Phil?

—Aún no has visto lo peor. Toma.

Keith asió el papel que le alcanzaba Phil, y lo leyó rápidamente.

—Esto es una broma —dijo finalmente, apuntando a la hoja impresa con un dedo acusador—. ¡Una broma de mal gusto!

—¿Lo crees así? —preguntó Phil.

Keith calló por unos instantes.

—No —dijo—. No gastarían tanto dinero en lanzar una nave para gastar una broma. Pero ¿cómo es posible?

—No lo sé —Phil suspiró—. ¡Ojalá pudiera saberlo! Por un momento creí que tú podrías darme la solución, pero ya veo que te encuentras en este momento tan desorientado como yo.

—¡Es que esto es completamente absurdo! —exclamó Keith—. ¡Un contrasentido! ¿Cómo concibes que...?

—No gastemos saliva inútilmente. Creo que lo mejor será llamar ahora mismo a una reunión de oficiales. Es hora de que todos sepan hacia donde vamos, y qué nos espera. ¿No lo crees?

—De acuerdo.

Phil se volvió hacia el intercomunicador. Por un segundo pareció dudar. Luego, mordiéndose el labio inferior, oprimió el botón rojo.

—¡Atención! —dijo—. El capitán al personal científico y de oficiales de la nave. A la hora 22:30:00 se efectuará una reunión de oficiales en la sala de conferencias. Se ruega absoluta puntualidad. Luego de la reunión, los oficiales informarán a su personal respectivo sobre el tema tratado. Repito, a la hora 22:30:00...

Luego de concluir el mensaje, Phil se incorporó y abrió la puerta.

—¡Vamos! —dijo. Su amigo ya lo seguía.

Una sorpresa aguardaba a Phil a la vuelta del pasillo. Al doblar el recodo tropezó con una figura menuda, envuelta en un guardapolvo blanco.

—¡Disculpe! —alcanzó a farfullar antes de comprender del todo qué era aquello que tenía delante.

La mujer estaba arreglándose cuidadosamente el guardapolvo.

—No es nada —dijo. Su voz era fresca y suave. Phil y Keith se miraron uno a otro asombrados. Finalmente Keith hizo una leve inclinación de cabeza y se alejó por el pasillo, sonriendo. Algo típico en él, cuando se trataba de mujeres.

La chica pareció entonces ver las insignias en los hombros del uniforme de Phil.

—¡Oh! ¡Es el capitán! —dijo—. Mucho gusto, capitán, soy la doctora Susan Blaze, bióloga de la nave.

Phil seguía boquiabierto. No era habitual que entre los tripulantes de una nave del espacio hubiera algún miembro del sexo femenino. Pero la mujer que le sonreía, frente a él, era de carne y hueso.

Más aún, se trataba de una auténtica belleza. Sus formas se dibujaban en el ajustado guardapolvo.

Cuando recuperó el habla, Phil logró decir:

—El placer es mío, doctora. Mi nombre es Phil Dick.

Se estrecharon las manos.

—¿Y el otro caballero? —preguntó ella—. Me refiero a ese señor antipático que se fue casi sin saludar.

—¡Oh, no es que sea antipático! —replicó Phil—. Es sólo que...

Era difícil explicar el comportamiento de Keith. Parecía no haber sentado cabeza aún. Para él, las mujeres no eran más que un entretenimiento. Mientras trabajaba, prefería mantenerse alejado de ellas. Finalmente, Phil dijo:

—Bien, ya lo descubrirá usted misma. Se trata de Keith Farmer, el navegante de a bordo.

—Supongo que ya tendré el gusto de saludarlo.

—Eso espero, doctora —Phil se alegró de haber salido del paso.

—Suena muy mal eso de «doctora» —dijo la chica entonces—. Prefiero que me llamen Susan. Los amigos me dicen Sue.

Sonrió.

—Bien, Susan. ¿O puedo yo también llamarla Sue?

Phil estaba recuperando ya sus conocidas, aunque poco utilizadas, dotes de galán. Si no las ponía en práctica más a menudo era sólo a causa de sus prolongadas misiones en el espacio.

—Como usted guste, capitán —respondió la chica.

—Sue, entonces. Pero siempre que usted me llame Phil —sonrió, a su turno.

—De acuerdo. Nunca llamé a un capitán por su nombre, pero por otro lado nunca me había encontrado con un capitán como usted... Phil.

—Gracias —Phil rio con franqueza—. Yo también tenía una idea diferente sobre las científicas. Me imaginaba a esos seres, más parecidos a un cuervo que a una mujer, siempre con la nariz metida dentro de sus tubos de ensayo.

—Bueno —dijo Susan—, se ha equivocado sólo a medias. Mi profesión me lleva la mayor parte del tiempo.

—Me alegro de haber tenido razón en ese aspecto, y no el otro... ¿Y el resto de su tiempo?

—Eso ya lo iré descubriendo más adelante.

Phil rio nuevamente.

—He oído —dijo Sue— que llamó a una reunión de oficiales.

—Así es —respondió Phil.

—¿Estoy invitada?

—Por supuesto. La reunión incluye al personal científico. Ahora mismo me dirigía hacia la sala de conferencias. ¿Me acompaña?

—Con todo gusto.

La doctora tomó el brazo que Phil le ofrecía, y juntos caminaron el resto de la distancia que los separaba de la sala de conferencias.

—Estoy sumamente intrigada —dijo Susan durante el corto trayecto—. Tanto misterio me parece extraño.

—Ahora se develará el enigma —dijo Phil—. Aquí tengo las instrucciones que me han dado para esta misión.

—¿Algo interesante? Me refiero a mi campo de acción, la biología.

—Es posible. Lo que dice este papel da lugar para cualquier sorpresa.

Phil abrió la puerta de la sala de conferencias, y dejó pasar primero a Sue. En el interior del recinto se encontraba Keith, que al verlos se puso de pie.

—Keith —dijo Phil—, te presento a la doctora Blaze.

—Hola, señor antipático —dijo la chica.

Keith dirigió la mirada hacia Phil, como esperando alguna explicación a lo que había dicho Susan. Como Phil no dijo nada, volvió la vista hacia la doctora.

—Encantado, doctora —dijo—. Yo soy Keith Farmer, el navegante.

—Es un placer, Keith —respondió ella—. Y, por favor, llámame Susan.

—De acuerdo —sonrió Keith.

—Susan es la bióloga de a bordo —dijo Phil—. Si el resto de los oficiales y científicos son como ella...

Todos rieron. Keith negó con la cabeza.

—Mucho me temo que no sea así —dijo—. Mientras tú te dedicabas a echar sebo sentado en tu cabina, di un pequeño vistazo por la nave, y conocí a uno o dos de ellos. Son mucho más musculosos y cubiertos de vello. Y, lo que es peor, de nuestro mismo sexo.

Phil señaló una silla a la chica. Él y Keith se sentaron a ambos lados de ella. El resto de los oficiales llegaría en pocos minutos.

Phil estaba en realidad muy ansioso por conocerlos. Debería viajar con ellos durante un tiempo indefinido, en estrecha colaboración, y viviendo prácticamente bajo un mismo techo. En gran parte, el éxito de la expedición dependía de la capacidad de aquellos hombres, de los cuales aún no conocía absolutamente nada.